

LIBROS

"La guerra civil mundial"

La acumulación de medios de destrucción es uno de los aspectos más preocupantes del presente, de un momento en el que no faltan temas de preocupación e inquietud. Hace unos años —y con el tiempo estas cosas, como los precios, aumentan— se calculaba que se había almacenado una capacidad destructiva para acabar con la Humanidad unas cincuenta mil veces, si adoptamos para hacer ese cálculo las cifras por exceso, y tan sólo 25.000 veces si se toman por defecto. Con que sólo el 1 por 100 de los cohetes autorizados por el acuerdo SALT franqueen las barreras, una veintena como mínimo de las ciudades rusas o americanas quedarían borradas del mapa. Tan sólo Francia, una nación que durante la segunda guerra mundial jugó un papel muy secundario, como lo pone de relieve el hecho de que, a pesar de haber sido teatro de operaciones, se vio favorecida con una de las cifras más bajas de víctimas (aunque superó la escalofriante frontera del medio millón) y que actualmente se encuentra en la cola de los integrantes del club atómico, puede teóricamente, con las ojivas de un solo submarino, matar de cinco a diez millones de personas y aniquilar hasta el 10 por ciento de la capacidad industrial de cualquiera de las dos superpotencias. En 1975, la fuerza nuclear estratégica francesa era capaz de lanzar, en tan sólo una hora, doce veces la potencia destructiva que fue empleada durante toda la segunda guerra mundial, y que causó más de treinta y cuatro millones de muertos.

La violencia se está convirtiendo en una dimensión que llega a los más recónditos rincones de la vida civil. La imagen de la muerte y de la destrucción se están convirtiendo en algo normal y perfectamente aceptado. Se ha calculado que un niño norteamericano, en su período de vida comprendido entre

los cinco y los quince años, ve en las pantallas de televisión unas ciento treinta y cuatro mil muertes violentas, dosis de violencia que seguirá asimilando durante toda su vida, ya que si continúan las tendencias actuales se estima que un ciudadano de ese país que viva setenta y cinco años pasa más de veinte años de su tiempo de vida despierto ante la embrutecedora "pequeña pantalla".

Jacquelin Grapin y Jean Bernard Pinatel, periodista de "Le Monde" la primera y militar el segundo, consideran (1) que en el momento presente lo civil y lo militar se encuentran unidos. Así, se observa un ascenso de



Millones para la destrucción.

la inquietud y el pesimismo; la rivalidad entre Estados Unidos y la Unión Soviética conllevan una mutua complicidad para mantener tanto como sea posible su dominio compartido del resto del mundo; el aumento de los gastos militares no aumenta la seguridad, sino todo lo contrario; las armas modernas son casi impotentes para proteger a los ciudadanos, tanto en términos colectivos como individuales; se está produciendo un proceso en el que acontece el paso de los militares a la reserva en los conflictos y el advenimiento de la guerra sin frentes que desbordan las fronteras —quien oprime el "botón", ¿no se ha convertido en cierta manera en un funcionario?—; las luchas civiles internas desbordan las fronteras; la información salta las fronteras como vehículo de las ideologías y de las culturas, y tanto en los Estados democráticos como en los autoritarios

(1) Jacquelin Grapin y Jean Bernard Pinatel: La guerra civil mundial. Monte Avila Editores. Barcelona-Caracas, 1978. 218 páginas.

aparecen importantes oposiciones a los respectivos sistemas, etcétera. Factores todos ellos que tienden, a los ojos de los autores, a configurar lo que designan como la guerra civil mundial que conduce, según ellos, a la guerra nuclear mundial.

Sin embargo, no se trata de un libro contra la guerra o contra determinadas situaciones creadas por la carrera de armamentos, aunque las describe con muchos detalles. Se trata más bien de un lamento por la condición en la que se encuentran los países colocados por debajo de la categoría de las superpotencias, aquellos países que el

hoy tan de moda Teng Hsiao-ping designa, en su "teoría de los Tres Mundos", como Segundo Mundo, y uno de cuyos ejemplos más elocuentes es la propia Francia. De todas formas, en un somero análisis de contenido de la obra se observa que, entre las superpotencias, la mayor preocupación de los autores va dirigida a la Unión Soviética.

Pasan revista a las relaciones Este-Oeste como al diálogo Norte-Sur; analizan la potencia de las multinacionales y examinan meticulosamente los gastos militares en una perspectiva dinámica y analítica. "Echan un capote" a los militares, lo que constituye una originalidad en libros de este tema; acaban justificando la fuerza nuclear francesa, con argumentos que no dejan de ser convincentes y acaban con un canto al liberalismo.

En cualquier caso, sus teorías pueden ser criticables, pero son sugestivas. Igualmente, hay que destacar el magnífico banco de datos que aportan. ■
JUAN MAESTRE ALFONSO.

El literato en resumidos cuentos

¡Qué buena idea la de reunir cinco cuentos de Henry James sobre escritores! El volumen se titula *Los papeles de Aspern* (1), por el primero de los relatos, y es una lástima que en esta ocasión José María Valverde no haya podido esforzarse más, porque merecía la pena. Bien es verdad que la culpa no es del todo suya; a James no se le puede traducir de un modo "industrial"; precisa tiempo, atención, esfuerzo... y los empresarios no están dispuestos a compensar como es debido un trabajo bien hecho. Quizá Alfiguara, en su colección de clásicos, podría ofrecer algo mejor, pero de momento no hay nada anunciado.

En el libro, además del ya mencionado, figuran dos de los mejores relatos jamás escritos: *La lección del maestro* y *El lugar del nacimiento*, ambos magistralmente ambiguos, indescifrables, oscuros, abismales. La lección que recibe el joven discípulo es una terrible lección que nunca acaba de aprenderse: la eterna disyuntiva entre posesión del instante y proyecto, entre lo que la vida ofrece inmediatamente y lo que el esfuerzo construye a costa de renuncia. James, con su peculiar honestidad, no permite elegir, sino que impone el problema como el juego de fuerzas que mantiene vivo tanto el sacrificio como la posesión. Sin la ambigüedad, sin la paradoja, vivir sería banal, esforzarse sería estúpido; y es precisamente la imposibilidad de "tomar mujer" y escribir al mismo tiempo un "buen libro" lo que hace atractiva a la muchacha e indispensable el libro futuro. Lo uno crea el interés de lo otro, como enemigos que no podrían existir si su odio se transformara en armonía. Y James —escribiendo, soltero— planea sobre ese desgarramiento como Lucifer sobre el infierno.

Pero aún es mayor la perplejidad de *El lugar del nacimiento*, una obra maestra de oscuridad e inteligencia, servida por

(1) Henry James, *Los papeles de Aspern*. Planeta, 1978.

una prosa solemne, hosca, que ofrece el sentido con la parsimonia de una colonia de hormigas saliendo una a una del hormiguero. En este relato, James utiliza apabullantemente el claroscuro, los meandros, las refinadas distracciones, todas las argucias de un domador que retiene su prosa o la deja saltar libremente, según le convenga. Y es en este cuento en donde más duelen las insuficiencias de la traducción, porque todo él es pura sugerencia, ocultación, un laberinto de insinuaciones destinadas a derrumbar las defensas del lector. La robusta moral del guardián (un vigilante del lugar donde nació el gran hombre que nunca se nombra), sufre por dos veces la tentación de acogerse a una seguridad. La primera consiste en rebelarse contra la idiotéz turística organizada en torno al poeta (idiotéz elaborada por eruditos, profesores, patriotas y comerciantes); pero la segunda seguridad, más consistente, se alcanza con sólo exagerar el mito, el espectáculo, de tal modo que hasta el más sándio se percate de lo fraudulento de la operación. Consejo que Nietzsche se hartó de dar: no niegues, sigue hasta el fin, hasta donde no se atreven a llegar los profesionales de la fe. Y ponía como ejemplo a Orígenes, quien sacrificó aquella parte de su cuerpo que le escandalizaba, con gran escándalo de los Santos Padres. Podía haber puesto el ejemplo de Hitler, que racionalizó el capitalismo.

La abrumadora maestría de ambos cuentos no debe ocultar las diversiones escondidas en el relato que da título al volumen, una historia sórdida y terrible

Henry James.



en la maléfica Venecia; o el curioso juego masoquista de *La media edad*, en la línea de los cuentos sobre discípulos y maestros que luchan por el poder. Quizá *La vida privada* sea el menos congruente, a pesar de que también describe a un célebre escritor, pero es un relato más propio para una selección que jugara sobre el registro sobrenatural y fantasmal de James. Sin embargo, no deja

de aportar datos sobre la posición del americano respecto del trabajo creador, la absoluta imposibilidad de vida privada (en su jerga, "mujer") si se aspira a algo más que la monótona producción de los escribas. Una posición que comparte con Kafka y Kierkegaard.

Con todas las deficiencias subrayadas, este volumen es una de las más serias tentativas que se han hecho por editar algo

decente este año. Róbenlo, regálenlo, agótenlo, porque de ese modo quizá nos hagamos merecedores de otro volumen de relatos de James. ¡Hay 112! De las novelas no hablo; nadie me creería. ■ FELIX DE AZUA.

El rescate de los clásicos

Uno recuerda que cuando aquí comenzó lo del mal llama-

ADIOS A LAS LETRAS

Rico el que lo lea

Ciento cuarenta páginas de Georges Bataille pueden valer lo que cuesta una campaña electoral, si se le paga como se merece uno de los erógrafos más importantes del siglo. Una edición príncipe de Bataille debía costar, supongo, tanto como una edición príncipe de cualquier Constitución de las modernas. Sin embargo, el propio Bataille se horrorizaría al saber que en este país que despierta al erotismo público un libro suyo de 140 páginas y unas ilustraciones, encuadrado en rústica, vale 340 pesetas. Ashbee, el gentleman británico que, según todas las estimaciones, fue quien escribió *Mi vida secreta*, uno de los relatos eróticos más apasionantes de la era victoriana, se compadecería de los lectores españoles si llegara a sus oídos muertos que su eficaz e improbable aventura sexual está al alcance de los que puedan pagar de golpe mil pesetas por dos volúmenes, asimismo, rústicos. Sánchez Dragó, nuestra más reciente revelación mítico-histórica, podría viajar a Canarias, si fuera residente en las islas, con lo que cuesta su ensayo de investigación *Gargoris y Habidís*, editado por Hiperión en cuatro tomos forrados de papel acartonado. Miguel Delibes, el ilustre cazador a quien le escuché el otro día en televisión, diciendo que no era capaz de matar una mosca, sentiría temblar su pulso si tuviera que adquirir su *El disputado voto del señor Cayo*, en las famosas ediciones rústicas de Destino, por algo menos del medio millar de pesetas.

Luis María Ansón, el nuevo presidente de la vilipendiada y empobrecida Asociación de la Prensa de Madrid, ha declarado recientemente que los españoles no estamos educados ni para leer periódicos ni para leer libros. Los españoles no estamos educados para ser ricos, habría que decirle al señor Ansón, que si leerá periódicos y adquirirá libros. En cualquier tienda de Madrid puede un pobre lector español contemplar cómo un volumen encuadrado en rústica en un país europeo distinto a España cuesta menos que su contrapartida aquí. La desesperación es comprensible: un alto porcentaje de los lectores no tiene un



Luis María Ansón.

conocimiento suficiente de lenguas no españolas como para atreverse con esos textos.

Jaime Salinas, editor, dijo a un periodista, sobre el tema del encarecimiento de los libros españoles, que, en realidad, "los libros son regalados". El editor de un espléndido *Tristram Shandy* (mil pesetas de venta al público) asegura que el español puede gastarse dos mil pesetas (dos *Tristram Shandy*) en cenar y ni un duro en libros. Lo ideal sería poder comer y poder leer, ser rico para acometer ambas cosas y colmar las dos perentorias necesidades. Un dato no es justo en la apreciación de Salinas: comer, en Madrid, todavía cuesta sólo un *Tristram Shandy* o, en algunos casos, un Miguel Delibes, aunque sea en lugares francamente rústicos.

Sobre el libro pesa toda la represión del coste, igual que sobre los alimentos prohibitivos o sobre las entradas a la ópera y al teatro. Con respecto al libro, su carestía, que no se halla impedida por ninguna acción de la Administración española, supone una forma exquisita de censura. Se prohíbe leer de otro modo. A veces se prohíbe directamente. Se prohibió, por ejemplo, *Fanny Hill*, de John Cleland, y se inhabilitó a su editor. Al leer la traducción publicada por Akal pensé que, a lo mejor por primera vez en mucho tiempo, el Ministerio de Cultura actuó impelido por la sensibilidad. La traducción, que firma Frank Lane, es la mejor razón para condenar un libro al ostracismo. Claro que el Ministerio de Cultura no denunció la publicación con ese criterio, sino con el antiguo y señorial del pudor administrativo. ■ SILVESTRE CODAC.